

RESEÑAS

Laura CASO BARRERA, *Caminos en la selva. Migración, comercio y resistencia. Mayas, yucatecos e itzaes, siglos XVII-XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 424 pp. ISBN 968-16-5714-X

Este libro vincula entre sí tres temas que, como la migración, el comercio y la resistencia indígena, podrían a primera vista considerarse como dispares, pero que en el texto se condicionan y explican mutuamente. La autora construye un juego de pesos y contrapesos narrativos, de tensiones que se equilibran y fuerzas que se confrontan, que mantienen la narración en un constante movimiento. El resultado, más allá de su interés específico, es también muy atractivo como ejercicio de argumentación histórica.

En este relato, la relativa pobreza de Yucatán (en términos de la economía de mercado española) condujo a los encomenderos, gobernadores, clérigos y aun los mismos franciscanos a recargarse sobre la fuente más inmediata de riqueza, que era la población indígena. Sobre ella caían repartimientos de mercancías, formas coercitivas de trabajo a domicilio, obvenciones, tributos, limos-

nas que dejan de ser voluntarias para convertirse en obligatorias y toda una serie de contribuciones legales e ilegales.

El exceso de obligaciones acabó por llevar a muchos indígenas a la desesperación y a emprender la fuga, ya fuese hacia rancherías distantes, apartadas del control de gobernadores y párrocos, o bien hacia los límites “pulsantes” del dominio español, en la selva y la montaña de Petén. No se trató de movimientos masivos, sino de individuos y familias que poco a poco, casi imperceptiblemente, se desgranaban de los pueblos para arribar a esta zona de refugio. Aquí, la vecindad de los indómitos itzaes permitía a los fugitivos liberarse de exigencias opresivas y también vivir de acuerdo con sus propias creencias, costumbres y formas de vida.

Uno de los méritos más remarcables de esta obra es que proporciona una imagen inédita, dinámica y compleja de la organización de los indígenas que huían del dominio español, hilando entre sí crónicas, escritos indígenas y documentos fragmentarios. En efecto, conocíamos desde hace tiempo la existencia de “zonas de refugio” en la sierra Gorda, el bolsón de Mapimí, la sierra del Nayar, la costa del Pánuco y desde luego el Petén, que fueron reductos perdurables de independencia indígena, rodeados muchas veces por poblaciones y ciudades españolas. El concepto no es nuevo, y ha estado presente en nuestra historiografía al menos desde la publicación del libro homónimo de Aguirre Beltrán, hace ya muchos años. Sin embargo, la relación entre zonas de refugio y orden colonial no había sido explicada satisfactoriamente, aunque podían encontrarse sugerentes y enigmáticas referencias en distintas obras. La cuestión de fondo es que entre los indígenas remontados en las sierras, escondidos en la selva o adentrados en impenetrables desiertos y el territorio dominado por encomenderos, corregidores y frailes existían interacciones que pueden ser poco evidentes, pero que cuando se ven con cuidado resultan del mayor interés. Este libro se aventura en el

estudio de esta vinculación en el caso del Petén, y muestra que entre el dominio de los españoles y el de los indígenas independientes existían relaciones no solamente cercanas, sino que eran hasta cierto punto complementarias.

Por un lado, la posibilidad de la huida parece haber sido una especie de válvula de escape para el descontento y la desesperación de muchos indígenas ante el acoso tributario de sus gobernantes. En otras palabras, muchos mayas en vez de tomar las armas y asaltar los curatos o las casas reales, tomaban los *batcheob* o caminos que los llevaban a la selva. Asimismo, la existencia de una vasta región indígena insumisa justificaba muchos abusos que cometían al parejo religiosos y clérigos, quienes extraían contribuciones y servicios personales superiores a los habituales en el centro del virreinato. Estos personajes podían exigir privilegios y canonjías de la corona en razón de su situación en una zona de frontera y en la necesidad de “pacificar” y evangelizar a los indios “gentiles”. Recordemos que aquí el repartimiento de mercancías fue sistemático y alcanzó un estatuto legal, la encomienda permaneció hasta el siglo XVIII y los franciscanos actuaron prácticamente como si fueran señores de hombres y de tierras. No es descabellado pensar que, desde el punto de vista de estos religiosos, colonos y funcionarios, si los itzaes insumisos no hubieran existido, habría que haberlos inventado. Y no está de más recordar que aun después del sometimiento nominal del Petén, por alguna razón corrieron durante mucho tiempo rumores de que aún subsistía otro grande y rico reino indígena, oculto en alguna parte de la selva.

Esta situación de complementariedad tiene su contraparte dentro de la misma zona de refugio. El interés de la autora por las relaciones comerciales ingresa aquí adecuadamente en la discusión, porque los itzaes integraban a los indígenas fugitivos en un complejo circuito mercantil mediante el cual conseguían herramientas de metal, cacao, vainilla y achiote. Así, reducían a los

fugitivos a formas de subordinación (o, en términos que la autora prefiere reservar para los españoles, de explotación), que se manifestaban en las modalidades del intercambio, en las formas de autoridad e incluso en la vestimenta que tenían que emplear, el *k'ub* (que es el que usan los lacandones actuales y podría haber indicado sumisión, pero que con el tiempo se convirtió en un elemento distintivo).

Este control de los fugitivos y de los productos comerciales españoles permitía también a los itzaes establecer una hegemonía sobre otros grupos independientes con los que, como los choles y los lacandones, tenían relaciones que eran, en el mejor de los casos, difíciles y en el peor, hostiles. No es del todo aventurado decir que la predominancia de los itzaes sobre estos grupos se derivaba, paradójicamente, de la existencia cercana del dominio colonial más allá de sus fronteras. Los señores itzaes parecen haberlo comprendido muy bien, porque llegaron a enviar “embajadas” a Mérida para procurar una alianza con los españoles que asegurara su continuidad en el poder y el control de las redes de intercambio.

Esta interacción entre zonas de refugio y de dominación española no carece de similitudes. En el norte de México, había grupos de indios “gentiles” que colaboraban ocasionalmente con los españoles como una especie de mercenarios en la persecución y castigo de los indígenas rebeldes. También, como ha mostrado José Luis Mirafuentes, las bandas de saqueadores apaches aceptaban en sus filas a indígenas e incluso a negros esclavos fugitivos y a la vez intercambiaban con los indios de misión, los caballos robados y pieles de animales por productos agrícolas. Lo mismo puede decirse de los indios insumisos del Nayar, que como ha señalado Marie Areti-Hers acabaron por incorporar muchos elementos del cristianismo en su cosmogonía.

Desde luego, a la larga, la existencia de un señorío indígena colindante con el imperio resultaba una contradicción. Los espa-

ños de Yucatán resentían la existencia de un espacio donde los sometidos podían darse a la fuga, lo cual afectaba a sus ingresos y mal cuadraba en su idea de una sociedad jerárquica y bien ordenada. También temían que los itzaes encabezaran una rebelión general, y este miedo (que no está presente más que de forma muy lateral y subterránea en el centro del virreinato) generó instituciones, normas, políticas de expansión, y en último término, la campaña que derivó en 1697 en el sometimiento de los itzaes. Dice Laura Caso que esto corresponde a una nueva manera de definir las fronteras, a un propósito de borrar las ambigüedades y acabar con las zonas de refugio. Bien puede ser así, pero estos años corresponden a los finales del reinado de Carlos II “el Hechizado” y a una situación de ausencia de autoridad en la metrópoli, lo cual no parece el entorno más favorable para este nuevo concepto sobre las fronteras imperiales. No está de más señalar que la conquista y avasallamiento de las demás zonas de refugio de la Nueva España ocurre mucho después, bajo el gobierno “de nuevo estilo” de los funcionarios borbónicos: la Mesa del Nayar en 1722, la sierra Gorda a principios de la década de 1740 y el Pánuco pocos años después. Las razones del avasallamiento del Petén quizá no tendrían que buscarse en la política imperial, sino en cuestiones más cercanas, que probablemente tengan algo que ver con los intereses comerciales y las añejas rencillas jurisdiccionales entre Guatemala y Yucatán.

Las consecuencias de esta tardía conquista fueron amplias y del mayor interés para el análisis. Como sostiene la autora, el complejo sistema de pesos y contrapesos que existía entre dominio y resistencia, entre flujos mercantiles y migratorios, se vino abajo con la caída de los itzaes. Al final, la región siguió siendo una vasta zona de refugio, pero que ahora ya no tendría la organización y centralidad que había proporcionado el señorío indígena. Los fugitivos se fragmentaron en pequeños grupos, los españoles nunca encontraron las riquezas que soñaban, ni los

numerosos indios que se habían prometido a sí mismos, y el tráfico mercantil se degradó en tal extremo que los caminos acabaron por desaparecer. Es posible que los efectos combinados de la conquista militar, la huida a regiones aún más remotas, la difusión de la viruela, las guerras intestinas y la baja productividad hayan causado, en parte, esta despoblación. Aun así, no deja de resultar sorprendente que un reino considerado como rico y muy poblado se haya convertido en pocos años en una provincia casi desierta y muy pobre, que los españoles estuvieron a punto de abandonar por infructífera. Los itzaes y demás grupos antiguamente refugiados en selvas y montañas parecen haberse desvanecido de una forma asaz enigmática [...] a no ser, desde luego, que el gran señorío itzá independiente hubiera sido una más de las fantasías de los cronistas y colonos españoles, tan propensos a perseguir noticias vagas de reinos fabulosos.

Felipe Castro Gutiérrez

Universidad Nacional Autónoma de México

Paul GARNER, *Porfirio Díaz, del héroe al dictador. Una biografía política*, México, Planeta, 2003, 292 pp. ISBN 970-69-0744-0

Esta obra apareció originalmente en la prestigiada colección "Profiles in Power" de la editorial Longman que también incluyó el *Juárez* de Brian Hamnett. La serie incluye 38 títulos de gran calidad, de los cuales sólo siete se dedican a personajes no europeos. Atatürk, Mao, Nasser y Nehru, y Castro (el único reeditado) acompañan a los dos presidentes mexicanos. La colección es de tomos compactos que intentan analizar expresiones de poder político, no simples biografías de difusión. Así, el *Por-*